

Mis tesoros escondidos

Transcurrían los días y se aproximaba el fin de la Navidad, una fecha de gran alegría y regocijo para todos, en especial para Víctor, pues era propicia para el reencuentro y disfrute de la unión familiar.

—Ya empezaron mis vacaciones y sé que pronto llegarán mis abuelitos. Ellos están ansiosos de saber qué aprendí en este año escolar. Los sorprenderé gratamente, ya que ahora sé tocar la guitarra y el cajón. Hace poco conversé por teléfono con ellos y me dijeron que pronto me llevarían de paseo, ¡así que estoy súper emocionado!

Víctor es un niño de 11 años, nacido en la heroica ciudad de Tacna. Es alegre y risueño, algo travieso, como cualquier niño curioso, y también le gusta cantar, declamar y bailar. Además es explorador, por eso disfruta de la naturaleza, admira las plantas y siempre que puede participa en las actuaciones de su colegio.

Desde hace unos meses, sus abuelitos Marcelino y Honoria le dicen:

—¡Mi *wawa*, qué grande estás! Seguro ese talento artístico lo heredaste de nuestros ancestros.



¡Toc! ¡Toc! Suena la puerta de la casa. Víctor atiende corriendo, ya que era la hora a la que solían llegar sus abuelitos.

—¡Vitocho, alístate! Nos vamos de viaje.

—¿A dónde iremos, abuelito? —preguntó.

—A mi tierra, Tarata, y de pasadita a la de tu abuelita, a Candaraue. En ellas encontraremos los más bellos tesoros escondidos que puedas imaginarte —respondió.

¡Qué felicidad! No lo pensó dos veces y con la ayuda de su mamá alistó su mochila.



Y así, luego de una hora llegaron a Tarata. Todo había cambiado; árboles de eucalipto, andenes y corderitos adornaban el paisaje. Al fin llegaron a la chacra, pero un aire tenso se percibía en el lugar. ¿Qué había sucedido?, se preguntaba Víctor, cuando vieron a un campesino inquieto, desencajado, que corría hacia el abuelo.

—¡Marcelino, ay, Marcelino! Las cosas no andan bien por aquí. Las alpacas, que bien sabes son nuestra principal fuente de ingreso, ya no se reproducen como antes; es que la gente ha perdido la fe y nadie agradece a nuestra madre tierra. Mi familia te esperaba, pues sabemos de la conexión que tienes con la *Pachamama*, algo que se ha ido perdiendo entre nosotros.



—No te preocupes, Leopoldo—dijo el abuelo con aire esperanzador—, que con la ayuda de todos, la *Pachamama* nos bendecirá. ¡Manos a la obra!

Entonces, convocaron a todos los lugareños, incluyendo a los niños, quienes felices venían y miraban algo extrañados a aquel visitante; quizá notaban algo familiar en él, aunque los más jóvenes nunca lo habían visto.

El abuelo Marcelino no tardó en iniciar la magia sobre un colorido manto llamado “aguayo”, donde colocó diferentes productos: hojas de coca, incienso, maíz tostado, sopaipillas, caramelos, dos platos de barro con azúcar rubia y blanca, junto a la selección de los mejores animales, y al final, recitó unos versos en aimara, idioma nativo de los abuelos que sellaba la ofrenda ritual de agradecimiento a la *Pachamama*.

Pasados unos minutos, Marcelino contó que esta ceremonia se había celebrado durante siglos para dar fecundidad y reproducción a las alpacas, aunque en los últimos años se haya olvidado.

—Con esta ofrenda lograremos la ansiada llegada del nuevo ganado, añadiendo toda nuestra fe. Es cierto que en el pueblo la fe se ha ido perdiendo, pero hoy deberemos recordarla y recuperarla.

Jamás olvidarán los presentes la emoción que embargaba sus corazones, especialmente el del pequeño Vitocho, admirado por la sabiduría del abuelo.

Conmovidos por el ambiente místico, unos niños se acercaron a la ofrenda y se llenaron la boca de azúcar. Entonces, la abuelita Honoria le dijo:

—¡Corre, hijito! Es momento de elegir qué color de alpaquita quieres para el próximo año. Si comes azúcar blanca, las crías tendrán lana blanca; y en caso prefieras la rubia, el nuevo ganado nacerá “*chumpi*” o marrón.

Emocionado e inseguro, siguió el consejo.

A la mañana siguiente, los abuelitos despertaron muy temprano, pues era hora de conocer otro tesoro escondido: Candarave, tierra de la mamá Honoria. Al llegar, un señor grandote, como le decía Víctor, les dio la bienvenida; el “señor” en realidad era un volcán, el Yucamani. Los abuelitos le dijeron a Vitocho que le tenían una sorpresa, pero que antes tome matecito de una hoja llamada coca.

—*Wawa*, te dolerá la pancita si no la tomas; te puede dar soroche.

Tenía un sabor extraño, pero como le echaron miel pudo disfrutarlo más. Por el contrario, ellos solo la masticaban o “*chacchaban*”, como le dicen allá.

Viajando en su camioncito y con una música de casetera, veían cómo iban apareciendo unos árboles bastante raros. Los llaman “*queñoas*” y están en peligro de extinción, porque a veces los campesinos cortan su tronco y la usan como leña.

—Tú no hagas eso, *wawa*, debemos cuidar nuestros arbolitos.

—¡Sí, abuelito! —le respondió.

De pronto, la abuelita dijo:

—Vitocho, ya falta poco para llegar al valle de la vida. Es un lugar mágico, donde las nubes parecen algodones. Verás un ojo de ángel, una olla gigante hirviendo o una hermosa piscina azul. ¡Qué maravillosa es mi tierra! —le decía a su nieto Víctor, más que emocionada.

Inesperadamente, algo sucedió. Un ave se les cruzó en medio de la carretera. Emocionado, el niño exclamó:

—Miren... miren, abuelitos, un “*correcaminos*”.

Ellos, entre risas, le respondieron:

—No, *wawita*, es un *suri*. ¡Es suerte, es suerte!, cuando uno viaja y se le aparece un animalito silvestre, significa que pronto algo bueno pasará.

Al notar la impresión que dejó el “correcaminos”, como lo había bautizado Víctor, la abuela Honoria dijo que el suri o ñandú andino estaba en peligro de extinción y que el hombre era el principal responsable de esa tragedia, ya que lo cazaba por su carne y plumaje. Entonces, él aprovechó lo que quedaba de la ruta y buscó más información en una página de internet, enterándose que los machos son los que se encargan de empollar y proteger los huevos de sus polluelos. “¡Qué maravilla!”, pensó.

—Al fin llegamos, Víctor. Caminemos por aquellos “tesoros escondidos”.

Los abuelitos le dijeron que haga volar su imaginación y así encontraría la cabeza de un elefante. Aunque al inicio lo hizo algo incrédulo, pronto disfrutaría mucho ver aquel paquidermo. A medida que avanzaban, sus ojos se abrían tan grandes como los de un farol, ¡qué farol!, eran como los de un búho, pues llegaba a ver unos hermosos géiseres. Cuentan los abuelos que estas son erupciones volcánicas que salen del subsuelo y expulsan agua muy, muy caliente.

—Este lugar pertenece al Área de Conservación Vilacota Maure. Por ello, es nuestra responsabilidad cuidar y respetar el medio ambiente —reflexionó el abuelo—. Recuerda no botar basura, y si encuentras algún desperdicio, debes recogerlo para ayudar a nuestra madre tierra.



Entre las bellezas que pudo apreciar estaban la “Olla del diablo” o “Thuqurputina. Sus ojos no podían creer lo que veía. Parecía una enorme olla botando mucho vapor. Y eso no era todo. Caminando un poco más, encontraron otro géiser tan claro y celeste como el ojo de un ángel, ante el cual la abuelita Honoria dijo:

—Es “Nayraputina”.

El abuelito Marcelino agregó:

—Víctor, ahora iremos al “Larama Quta”, que quiere decir en castellano “Laguna azul”.

El abuelo lo consideraba el géiser más lindo y sin duda el más grande de aquel valle. Apenas lo vio, saltó de felicidad, pues realmente su color turquesa era hermosísimo.

Mientras apreciaban conmovidos la belleza de aquel paisaje, llegó una familia.

—Son turistas —dijo el abuelo.

Había un señor con ellos que les tomaba fotos, era Javier. Se escuchaba a lo lejos que la pareja de esposos hacía muchas preguntas, pero él dudaba al responderles y en otros momentos se quedaba callado.

—Uy, parece que ese señor no conoce muy bien mi tierra —dijo la abuelita.

Algunos minutos después, Víctor notó que la más pequeña de la familia se empezaba a acercarse a un géiser y sintió mucho miedo, pues recordó que el abuelo le había recomendado no acercarse a él por sus altas temperaturas.

—¡Pequeña, pequeña! No te acerques — gritaba mientras corría horrorizado hacia ella.

—Mami, mami, tengo miedo. Mi vista se nubla — gritaba llorando la inocente niña. Entonces, él la sujetó fuertemente del brazo y la llevó a suelo firme.

La niña llorando fue corriendo hacia sus padres, quienes, asustados pero agradecidos, lo abrazaron.

—Eres un héroe. Si no fuera por ti, mi hijita se hubiera hecho daño.

—¡Ha sido un placer! —respondió—, pero debemos ser responsables con los lugares que visitamos y mantener prudente distancia. Así me aconsejó mi abuelito Marcelino.

Después de aquel susto, pudo observar a su abuelo hablando con Javier, a quien le recomendaba que debería estar más atento. Este, quien tenía el rostro enrojecido por la pena, asintió diciendo:

—¡Gracias, señor! Su nieto me dio una gran lección. Tendré más cuidado desde hoy en adelante.







El grupo de turistas estaba a punto de abordar su movilidad, cuando el abuelo los invitó a los carnavales de Camilaca, diciéndoles que habría comida típica y una gran fiesta. Los turistas, emocionados, siguieron al camioncito viejo del abuelo.

Al llegar al pueblo fueron recibidos con serpentinas, flores y al compás de la zampoña.

—Tenemos que ingresar bailando, así lo dice nuestra costumbre.

—¡Ah!, mi abuelita Honoria. Hoy lucirá un hermoso traje llamado Anaco, que es la vestimenta típica del pueblo, y que, por cierto, está declarada como Patrimonio Cultural de la Nación —decía Víctor.

—Este día fue agotador, pero muy divertido. Finalmente, es hora de regresar a Tacna, querido nieto —dijo papá Marcelino.

Víctor sentía una gran alegría al volver con su madre, pero también estaba alegre porque ella le había prometido regresar en las próximas vacaciones y “bautizar” a las nuevas alpaquitas. El viaje de retorno duraría cuatro horas y lo aprovecharía para ir recordando todos los tesoros escondidos que había conocido y que compartiría fascinado lo aprendido en estas vacaciones con sus amiguitos del colegio.

Desde aquel entonces, Víctor, con gratitud, mantendría la promesa que le hizo a sus abuelitos; dar a conocer con respeto, responsabilidad y orgullo la región Tacna, y sus bellos atractivos turísticos. Además, conservar y valorar siempre sus tradiciones.